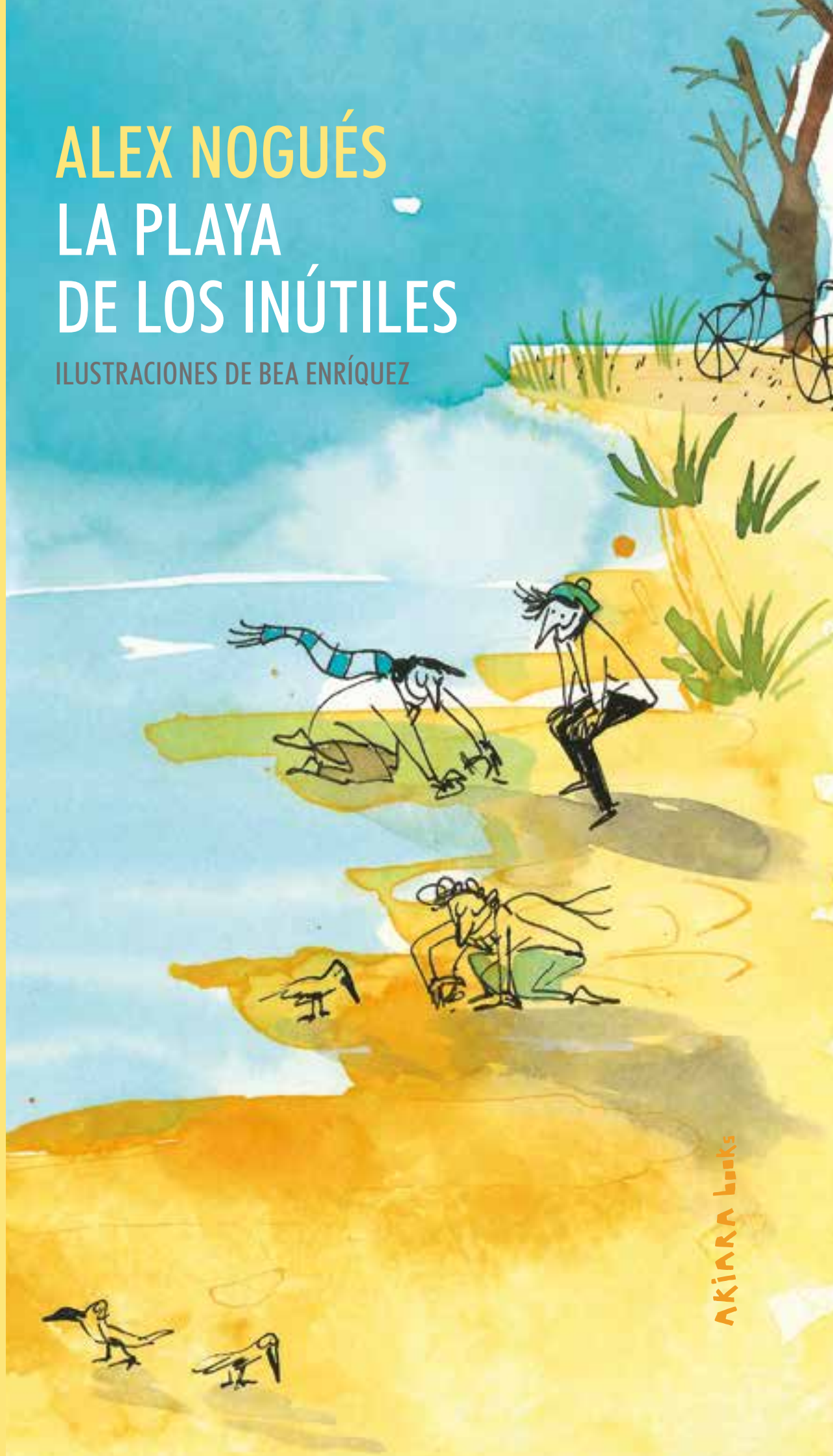


ALEX NOGUÉS

LA PLAYA DE LOS INÚTILES

ILUSTRACIONES DE BEA ENRÍQUEZ



AKIARA books

ALEX NOGUÉS
LA PLAYA
DE LOS INÚTILES

ILUSTRACIONES DE BEA ENRÍQUEZ

AKIARA books

*A todos los conquistadores de lo inútil;
salvadores del mundo.*

A. N.

*A todos los valientes inútiles que luchan
por sus sueños y caminan entre los juncos.*

B. E.



Título original: *La playa de los inútiles*

Publicado por AKIARA books

Plaça del Nord, 4, pral. 1.^a

08024 Barcelona (España)

www.akiarabooks.com/es

info@akiarabooks.com

© 2019 Alex Nogués Otero, por el texto

© 2019 Beatriz Enríquez Mondelo, por las ilustraciones

© 2019 AKIARA books, SLU, por esta edición

Primera edición: mayo de 2019

Colección: Akinarra, 1

Corrección lingüística: Isabel Llasat

Dirección editorial: Inês Castel-Branco

Este libro se ha impreso sobre papel Arcoprint Milk White de 120 g/m², la cubierta está encolada sobre cartón de 1,5 mm con plastificado mate, las guardas son de cartulina Pop'Set de 175 g/m² y se han usado los tipos Celeste Pro Book, Frutiger75 Black y Futura MdCn BT.

Impreso en España: @Agpograf_Impressors

Depósito legal: B 9.317-2019

ISBN: 978-84-17440-32-9

Todos los derechos reservados

Índice

Cómo empieza todo	5
Cosas que perdí	11
Cosas que gané	13
Qué hacemos aquí	17
La playa	23
Ganarse la vida	31
Palos y bellotas	37
Estrellas en el mar	41
Hablando con Mamá	47
El embrujo de los violines	51
La señora Turner	55
En casa de los Turner	61
Inútiles	67
Reuniones y conversaciones	73
Coda	79
Reflexiones	83
¿Quién es quién?	85

Cómo empieza todo

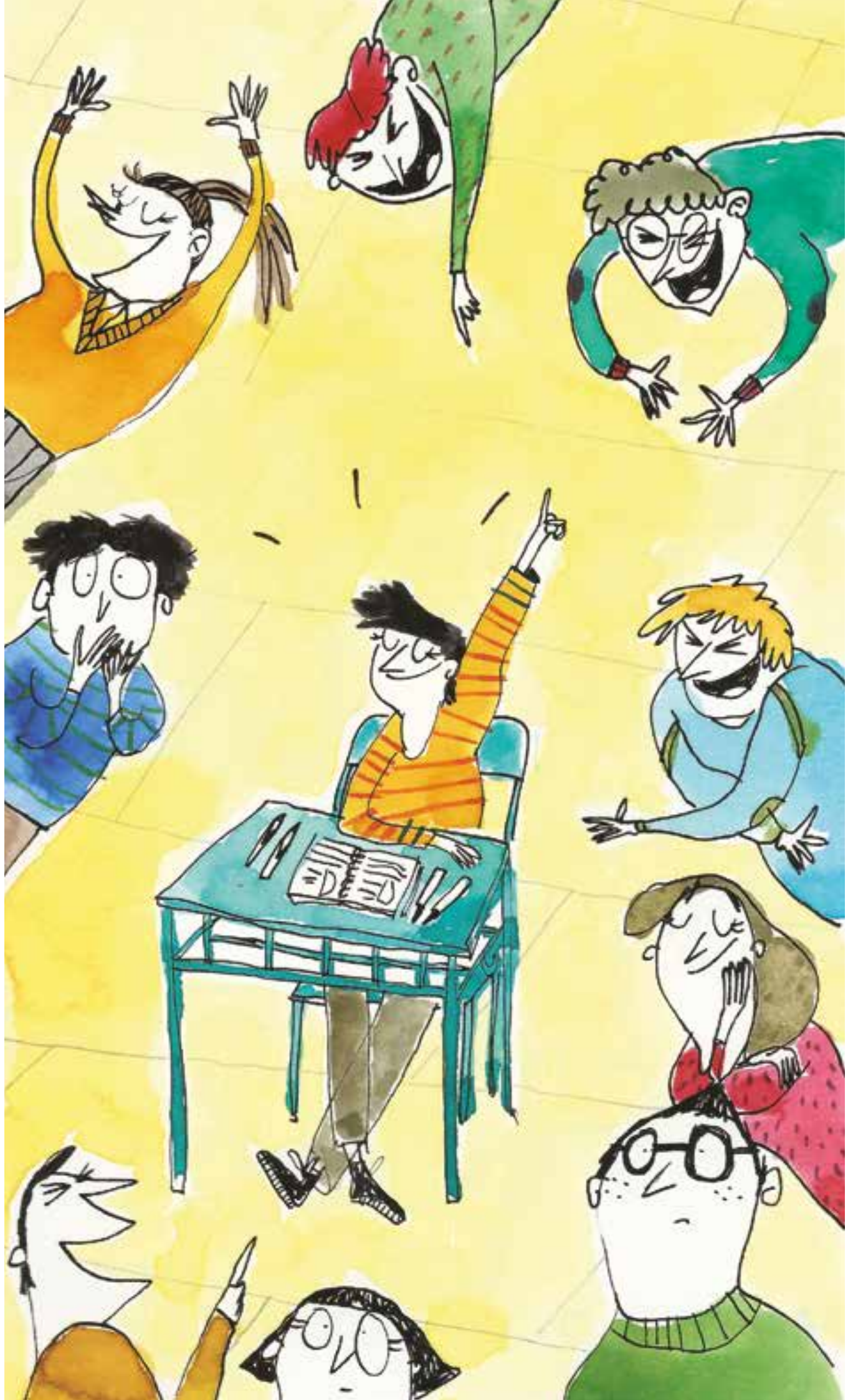
Me llamo Sofía. Tengo once años y medio y de mayor quiero ser inútil.

Lo dije ayer en clase.

La profesora se empeñó en preguntarnos qué queríamos ser de mayores. Futbolistas, *youtubers*, *gamers*, médicos, astronautas... un par dijeron que querían ser maestras. Y cuando llegó mi turno fui sincera:

—Yo quiero ser inútil.

Todos se rieron. A carcajadas. Y Nuria, la maestra, se enfadó muchísimo. Pensó que intentaba reírme de ella, boicotearle la clase o algo por el estilo. Está claro que nadie me entendió. Por eso la semana que viene tenemos hora para hablar con



la directora de la escuela. ¡Vendrán mis padres!
Qué horror.

He decidido escribirlo todo para aclararme las ideas y así, cuando llegue el momento, poder explicarme bien.

Supongo que siempre será más fácil si empiezo por el principio.

Me gustaría decir que mis padres son geniales.

Pero mentir no ayudaría.

Quiero mucho a mis padres, mucho. Pero no han cumplido ni una de las promesas que me hicieron cuando vinimos a vivir aquí, hace ya casi dos años.

Esta es mi lista de sueños rotos:

- Una cabaña en el árbol del jardín.
- Un perro.
- Una pecera de agua dulce.
- Pasear en bici los tres juntos al menos una vez por semana.
- Una pequeña piscina bajo la parra.

Siempre es más fácil decir las cosas que hacerlas, lo sé. Pero puedo asegurar que no han hecho ni una sola de las que me dijeron para convencerme del traslado.

Quizás debería volver a empezar y explicar donde es «aquí».

Aquí es el fin del mundo.

Donde Cristo perdió la alpargata, como hubiera dicho mi abuelo.

Donde el viento da la vuelta, como le dijo mi abuela a mis padres, triste y sorprendida a partes iguales cuando le confesaron los planes de fuga.

Ahora vivimos en un pueblo muy pequeño, al final de una carretera estrecha que se desvía de la autopista muchísimos kilómetros y se adentra en campos y bosques, en un zigzag infinito. No tiene estación de tren. Ni parada de autobús. No tiene ni un solo semáforo. Ni cine. Ni teatro. No tiene fibra óptica. En Navidad solo ponen una triste luz en forma de vela en la calle Mayor.

La carretera se acaba en el pueblo, en la plaza de la iglesia. Parece como si las escalinatas fueran una larga lengua rugosa y la enorme puerta de la iglesia,

una gran boca que engulle la carretera lentamente. Las tardes de domingo podría jurar que se oye el crepitar del asfalto desplazándose como un glaciar hacia su destrucción.

Si quieres salir del pueblo solo tienes dos opciones: andar sobre tus pasos o lanzarte al mar.



Cosas que perdí

Al irme de la ciudad perdí un montón de cosas que me eran muy queridas:

Perdí a mis amigos. A Juan, a Elena, a Igor, a María... ¡a Nisrin! Los echo mucho de menos. De vez en cuando hablo con ellos, chateamos. Pero no hay nada que me devuelva el día a día. No sé. No es tan solo que quiera estar con mis amigos. Me siento como si me hubieran robado un futuro.

Perdí a mis primos. En el último año solo los he visto una vez. Antes vivíamos muy cerca. Tampoco nos veíamos tan a menudo, pero nos encontrábamos de manera espontánea algunos fines de semana. Una llamada y a lo mejor se plantaban en casa el sábado a la hora del vermut, comíamos juntos y la

cosa se estiraba hasta la cena. Entonces nos dejaban ver alguna película comiendo pizzas en el sofá. Trasnocábamos y al final se quedaban a dormir. El despertar del domingo con el jaleo y las risas de los primos siempre era más luminoso.

Perdí mis rincones. La cafetería de lujo donde desayunábamos los sábados. La librería donde podíamos pasarnos horas escogiendo un libro. El banco del parque donde Nisrin y yo merendábamos, agotadas después de haber conquistado cien veces el castillo de madera. Y mi preferido, el abrazo de mi abuelo. Ese rincón lo perdí hace un año para siempre.

Además de a mi abuelo, lo que más me duele haber perdido es a mis padres. Los añoro tanto...

Me estoy poniendo triste. Será mejor que explique las cosas que gané, antes de volver a mis padres.



Cosas que gané

He de reconocer que no todo ha sido tan malo.

Conocí a Fau y a Frodo y tengo una bici estupenda.

Fau es el diminutivo de Faustina. Sí, en los pueblos al final de las carreteras a veces ponen nombres así de antiguos. Es la persona más atrevida y alegre que he conocido nunca. No tardamos ni veinticuatro horas en hacernos buenas amigas. Creo que ella lo necesitaba tanto como yo.

—Hola, Nueva. Supongo que querrás tener una amiga —me dijo a la hora del recreo de mi primer día en la escuela. Desde entonces creo que no ha pasado ni un solo día en el que no me haya hecho sonreír.

A Frodo lo conocí en una extraescolar de judo. A la tercera vez que lo tumbé de espaldas y me continuó



mirando sonriente, supe que nos llevaríamos bien. Se llama así porque no le gusta su nombre: Froilán. Es un *friki* de *El Señor de los Anillos*. De los pesados. Su gato se llama Gandalf. No hay vez que vea un águila o un buitre y no haga la misma broma: grita «¡Naaaaazgul!» y se esconde en algún sitio o se tira al suelo. Con el tiempo, Froilán pasó a Frodo de manera natural. Y el nombre le queda bastante bien, porque es bajito, tiene el pelo rizado y adora el segundo desayuno. Ha intentado rebautizarnos varias veces como Eowyn y Arwen y eso le ha valido más de una colleja. Cosas de la vida, el padre de Frodo, que no vive con él desde hace un tiempo, es un joyero en la gran ciudad.

Respecto a la bici, creo que mis padres han intentado compensar todas sus promesas incumplidas comprándome la mejor bicicleta que existe. Y me va de perlas. Me escapo siempre que puedo con Fau y Frodo a las lomas, al bosque y, sobre todo, a la playa.

He ganado también unos cielos infinitos. He ganado las bandadas de estorninos. He ganado sorpresas constantes en forma de zorros, de lechuzas,



de ciervos y de erizos. He ganado las moras, los higos... he ganado alguna aventura que no tengo tiempo de explicar.

He ganado la libertad de moverme sin normas.

He ganado la playa. ¡Oh, la playa...! Pero creo que me estoy yendo por las ramas.



AKINARRA

«Me llamo Sofía. Tengo once años y medio y de mayor quiero ser inútil». Así empieza un relato inocente, profundo y conmovedor de una niña a la que le encanta la playa en invierno, que prefiere Mozart o Kandinsky a las mates y que no puede soportar que su padre le diga que algún día tendrá que «ganarse la vida».

ISBN 978-84-17440-32-9



9 788417 440329